



# Las tribulaciones de los Rosardo y los De la Casa

Enrique Medina Fernández

Burgos, 1494, doce de la noche, Mercado de la Lana.

—¡Tened piedad de mí, don Conrado!

—¡Morirás!

—¡Por Dios! ¡No lo haga!

—¡Hereje! ¡Deshonras a mi familia!

—¡No soy hereje!

—¡El gobernador pide cuentas!

—¡Me quiere mal! ¡Es un rufián! Don Diego de Altozano es un perillán.

—¡Cómo osáis!

—¡Creedme don Conrado! ¡Todo es una insidia!

—¡Vas a morir, bellaco!

—¡San Lesmes, apiádate de mí!

—¡Muere felón!

Don Conrado Rosardo descarga una certera estocada, y el corazón de don Martín de la Casa se rompe en mil pedazos, la vida se aleja para siempre, mientras balbucea sus últimas palabras.

—¡Adiós, doña Úrsula! ¡Mi corazón siempre estuvo con vos!

Doña Úrsula llora en su ventanal. Don Martín de la Casa no la rondará más. Sus trovas no oírán jamás. Las flores de su balcón mustias se

volverán, la vida en yermo se convertirá. Su corazón vuela en pos del trovador.

—¿Qué será de mí? Don Martín, con vos quiero ir. ¡Esperadme en el cielo! Seré siempre tuya. ¡Lo juro ante Dios!

—¡Voto a bríos! ¡Úrsula!, ¿qué rezongáis?

—Nada, querido padre.

—¡Olvidad a ese bellaco, pardiez!

Doña Úrsula, sumisa, se retira a sus aposentos, donde su aya espera preocupada.

—¡Doña María! ¡No puedo vivir! Decidme, ¿qué puedo hacer? Mi padre ha cegado la luz que alumbraba mi corazón. No puedo mirar más a su rostro cruel, don Conrado Rosardo, conde de Piedrahíta, señor de las bestias, amo de la maldad.

—¡Ay, niña mía! Mal arreglo tiene. ¡Se cruzan el odio y el amor!

—¿Vos creéis?

—Adorada niña mía, ¡cómo sufro por ti!

—Perdonadme, doña María. Necesito estar sola. Podéis retiraros.

Transcurren las horas. Doña Úrsula no llora más, se ha secado el río de su vida. Acaricia compulsivamente sus rubias trenzas. No aguanta más. Se ajusta su velo, escapa por la puerta trasera, salvando la vigilancia de sus criados. Amparada en las sombras de la noche, como un fantasma por las solitarias calles de su ciudad, de su Burgos, acude al cementerio. Ante la tumba de su amado, don Martín de la Casa, una daga introduce en su corazón.

—¡Amado mío, con vos estoy!

Burgos, 1934. Antiguo Mercado Norte.

—¡Acompáñenos!

—¿Yo? ¿Qué he hecho? ¿De qué se me acusa?

—De dos asesinatos en el asalto al tren expreso

—¡Déjeme en paz! No he salido de la ciudad en los dos últimos años.

¡Un culatazo de fusil derriba a Martín de la Casa Robledo. Tras una brutal patada del oficial al mando, Conrado Rosardo, encoge el cuerpo del presunto delincuente. Patadas, culatazos llueven por doquier al cuerpo de Martín de la Casa,

acompañado de continuos improperios. La voz del capitán Rosardo, retumbando en la estrecha callejuela, suena a sentencia.

—¡Cabo! Al coche con él. Directo a la prisión central.

Durante el trayecto tiran a Martín de la Casa del vehículo policial. Martín de la Casa intenta incorporarse, no puede. El furgón se detiene, la voz del capitán Rosardo resuena en la solitaria calle.

—¡Se escapa! ¡Dispáren a dar!

Conrado Rosardo, vuelve la cabeza, escupe al suelo.

—¡Uno menos!

Úrsula Rosardo llora amargamente. Su amor adolescente, su único y primer amor, la ha dejado sola, se ha ido para siempre, tiroteado en los alrededores del recién estrenado Mercado Sur.

Martín de la Casa-Úrsula Rosardo, parecía una unión eterna. No lo ha sido, Úrsula está sola. No verá jamás a Martín. ¡Dios mío! ¿Por qué te lo has llevado? ¿Por qué lo has arrancado de mi lado?

—¡Úrsula! ¡Compórtate como una Rosardo! ¿Cómo puedes derramar una lágrima por ese delincuente?

La enamorada, cabizbaja, derrotada por el dolor, se refugia en su alcoba. Cae desplomada en el lecho donde todas las noches conciliaba el sueño pensando en su Martín. No puede llorar, está seca, su corazón árido. Su hermana, desde el umbral de la puerta, en silencio, sufre la escena. Quiere consolarla, no tiene valor. No aguanta más.

—¡Sé fuerte cariño! Martín, desde el cielo te acompañará.

—¡Nuestro padre y sus hordas han marchitado mi vida. ¡Han segado de raíz mi felicidad! No tiene sentido vivir. No quiero odiar a padre, pero ¡no puedo!, ¡no puedo!, ¿por qué?, ¡maldito!, ¡te odio! ¡No puedo compartir techo con él! ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo mirar su cara y no recordar los últimos instantes de Martín? ¿Cómo olvidar la agonía de mi amor?

La hermana no tiene palabras. Teme por la joven. La maldición de las relaciones Rosardo-De la Casa ha regresado. Comenzó en el siglo XV y de vez en cuando se aviva.

En la noche retumba un disparo. Todos los moradores de la casa corren a la habitación de Úrsula. La hermana llega primero. La escena es desgarradora. La cabeza destrozada, junto a una foto de Martín de la Casa, la pistola de su padre, hurtada unos instantes antes, humeante en el suelo. La joven se ha reunido para siempre con su amor.

Burgos, 1968. Mercado Norte

Tras el acto de inauguración del flamante mercado Norte, dos jóvenes charlan mientras toman el vino ofrecido por la junta rectora.

—¿Trabajas en el mercado?

—De momento. He sido el encargado de la instalación eléctrica.

—¿La fontanería también pertenece a tu empresa?

—Puede decirse que sí. Pertenece al mismo grupo. Por cierto, no me has dicho por qué estás en la inauguración.

—Preparando un reportaje sobre el nuevo mercado.

—¿No trabajas aquí?

—No.

—Eso quiere decir que no volveré a verte.

Tras un silencio, el muchacho retoma la conversación

—Si no te importa, te doy el número de mi empresa, y si te apetece me llamas un día.

—Lo haré. Me gustaría que me proporcionases información sobre la instalación eléctrica que me has comentado, para incorporarlo como entrada a las entrevistas con los comerciantes.

A la semana siguiente tiene lugar el primer encuentro entre los jóvenes. Tras la parte profesional comienza la parte personal.

—¿Dónde vives, Martín?

—En Valladolid, aunque mi familia proviene de aquí, de Burgos.

—¿De Burgos?

—Sí. Mis antepasados vivieron en la ciudad durante siglos. Mis abuelos fueron los primeros en emigrar.

—¿Cuál es tu apellido?

—De la Casa.

El rostro de la muchacha se demuda. El impacto es tremendo.

—¿Te ocurre algo Úrsula?

—Yo me apellido Rosardo. ¿Te suena de algo?

—No.

—¿No conoces la historia de nuestras familias?

—¿Qué me quieres decir?

La joven relata la historia llena de desencuentros entre los Rosardo y los De la Casa. Martín no sale de su asombro.

—¿Me hablas en serio?

—No es un tema para bromear. Todo Burgos está al corriente, aunque es un tema tabú.

—Me dejas de piedra. Ahora entiendo porqué mis abuelos salieron de la ciudad.

Úrsula sonrío.

—Menos mal que no somos novios.

—¿Y si lo fuéramos?

—No lo somos.

A los pocos días se publicó en el *Diario de Burgos* el reportaje de Úrsula. Un trabajo magnífico en el que detallaba los materiales empleados para la construcción del nuevo mercado, con todo tipo de explicaciones técnicas. Tras la parte fría, llegaba el lado humano, las entrevistas a los comerciantes en las que expresaban su alegría por el nuevo mercado y las expectativas que les proporcionaba.

El trabajo era exhaustivo y totalmente fiel a la realidad. Un gran reportaje. Martín decidió llamar a Úrsula para felicitarla por su excelente reportaje.

—Gracias. Te lo agradezco.

—La semana que viene me voy a un nuevo mercado en Andalucía. Si fuera posible, me gustaría que nos volviéramos a ver para despedirme.

—Perfecto, llámame.

Martín desembarcó en su nuevo destino con tristeza, embargado por la melancolía. No podía olvidar Burgos, al menos eso quería pensar, aunque sabía perfectamente que a quien añoraba era a Úrsula. No pudo evitar enamorarse de ella. Una vez al mes se tomaba el viernes libre y regresaba a Valladolid. Tras tres meses de idas y venidas, decidió acercarse a Burgos y llamar a Úrsula.

—Hola, soy Martín.  
 —¡Qué sorpresa! ¿Cómo te va?  
 —Bien. Tenía muchas ganas de volver a Burgos, y estoy en la ciudad.  
 —¿Estás en Burgos?  
 —Sí. Te llamaba por si querías tomar una caña.  
 —Muy bien.  
 No sólo fue el reencuentro, significó el principio de un idilio. Transcurridos seis meses, Úrsula comenzó a temer el resurgimiento de los viejos fantasmas.  
 —Martín, te quiero, lo sabes, pero me asusta el pasado.  
 —Las personas son más tolerantes. Me cuesta creer que tu padre, con la cultura y la educación que tiene, pueda obstaculizar nuestra relación para seguir una funesta tradición.  
 —Lo mismo pensaron mis antecesoras.  
 —Prueba a decírselo. Ya verás cómo no reacciona mal.  
 La pareja continuó su relación en “secreto”. Úrsula no se atrevía a comentarlo en casa, ni siquiera a su madre. Algo insinuó a su hermana, a la que exigió confidencialidad. Un sábado por la tarde coincidieron en Burgos con Conrado Rosardo.  
 —Hola hija. ¿No me presentas a este joven?  
 —Se llama Martín. Fue el encargado de la instalación eléctrica del nuevo mercado.  
 —Su cara me resultaba familiar. ¿Usted estuvo el día de la inauguración?  
 —Sí. Tras el esfuerzo realizado no podía faltar.  
 —¿No vive en Burgos?  
 —Ahora vivo en Sevilla, soy un nómada. Donde mi empresa comienza alguna obra, allí estoy.  
 —Su familia, ¿de dónde es?  
 Al ver la cara azorada de Úrsula mintió.  
 —De Madrid.  
 —Bueno chicos, os dejo tranquilos, voy a continuar mi tertulia de momias.  
 En cuanto terminaron la consumición salieron del bar.  
 —Tengo que reconocer que has estado muy bien.  
 —No quería patinar, y ponerte en un compromiso.

Días después, Conrado Rosardo espera la llegada de su hija.  
 —Hola, cariño.  
 —¿Qué tal papá?  
 —Cansado, como siempre. ¿Tienes un minuto?  
 —Y una hora.  
 —El joven del otro día, ¿es tu novio?  
 La muchacha duda.  
 —Por favor, dime la verdad.  
 —Sí.  
 —¿Sabes quién es?  
 —Sí.  
 —¿Seguro?  
 —¿Quieres decirme algo?  
 —Su familia no es de Madrid, es burgalesa, aunque lleva muchos años en Valladolid. Creo que sabes a qué me refiero.  
 —Perfectamente.  
 —¿Por qué me lo ocultaste?  
 La joven balbucea, no sabe qué decir.  
 —Hija, me conoces bien. Sabes que soy una persona de este siglo, puedo tener mis rarezas, y una mentalidad menos abierta que los jóvenes de hoy, pero ¿me crees capaz de prohibirte una relación con una persona por viejas rencillas familiares?  
 —Lo siento papá, de veras. Lo siento mucho. No tengo motivos para ocultar mi relación con Martín. Intenté decírtelo varias veces, pero el pasado me abrumaba.  
 —¿Lo sabe alguien más?  
 —Guiomar conoce algo.  
 —¿Vais en serio?  
 —Sí. Estamos muy enamorados.  
 —Me parece bien. El próximo sábado quiero que le invites a comer. Dile que se traiga el florero para dejar cerradas las cuentas pendientes.  
 Úrsula mira anonadada a su padre.  
 Conrado estalla en una estridente carcajada.  
 La joven suspira.  
 —¡Anda tonto!  
 —Ya hablaré con él para que se busque un trabajo con menos desplazamientos. No me gustaría que mi hija fuera como los saltimbanquis, de pueblo en pueblo.

—Gracias papá, gracias por olvidar el pasado.  
—Va a ser curioso, una niña que se llame Úrsula de la Casa Rosardo. Esto es lo que menos me gusta, que el apellido De la Casa esté encima del Rosardo.

Burgos, 2012.

Tras la boda, Martín fijó su residencia en Burgos. Fundó una pequeña empresa, que en la actualidad es una de las más renombradas dentro del sector eléctrico. Se ha jubilado, y al frente de ella está su hijo, Martín de la Casa Rosardo, que pertenece a la comisión que está estudiando el proyecto de rehabilitación del Mercado Norte. Mar-

tín hijo es experto en medio ambiente y tratamiento de residuos, por lo que tuvo un papel estelar en la rehabilitación del Mercado Sur. Tiene el sueño de ayudar a rehabilitar el mercado en el que se conocieron sus padres, que terminó con las rencillas de dos familias desde siglos atrás, y su mayor ilusión es que pronto, muy pronto, el sueño se convierta en realidad.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Norte de Burgos**